

SUPLEMENTO 12

MEMORIAS DE LA MILITANCIA

Carta a Jarito Walker

Nicolás Casullo

APORTES PARA UNA LECTURA POLÍTICA
ROSARIO (1955-1983)



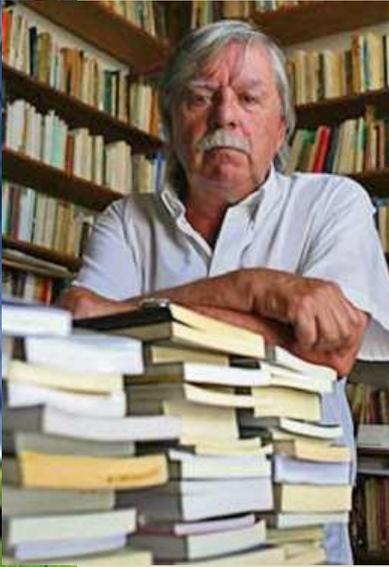
Peronismo.

Militancia y crítica
(1973-2008)

(NICOLÁS CASULLO)

Puñaladas
ENSAYOS DE PUNTA

Armando y Cía. S.A.



Nació en Buenos Aires el 10 de septiembre de 1944.

Fue filósofo y escritor, profesor titular, director de posgrado e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y la UNQ.

En 1971 formó parte de la revista *Nuevo Hombre* y de la redacción del diario *La Opinión*.

A partir de la asunción presidencial de Héctor José Cámpora, en mayo de 1973, y hasta la muerte de Juan Domingo Perón, se desempeñó como funcionario en el Departamento de Comunicaciones Sociales del Ministerio de Cultura y Educación de la Argentina.

Militante peronista, se exilió en 1974 amenazado por la Triple A. Estuvo en Cuba y Venezuela. Finalmente se radicó en México. Fue profesor en la Universidad de México (UNAM) y consultor de la Universidad de París. Regresó a Argentina en 1983.

En abril de 1995 fundó la revista *Pensamiento de los confines*.

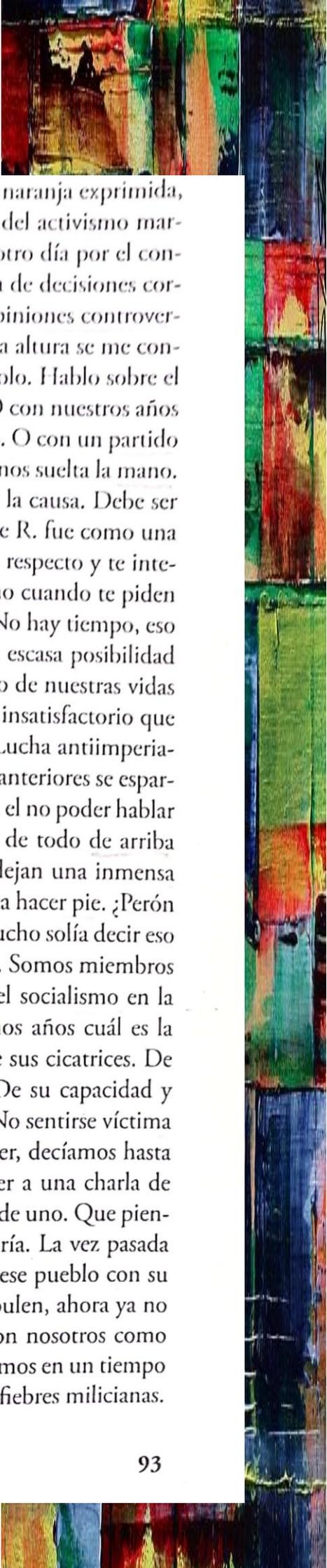
En 2004 ganó el premio Konex de Ensayo Filosófico. Fue miembro del Consejo Asesor de la Biblioteca Nacional. Fue uno de las figuras principales del Espacio Carta Abierta, que nuclea a intelectuales.

Falleció a los 64 años el 9 de octubre de 2008.

Carta a Jarito Walker (Perón y Montoneros)



Preguntaba R. Nos preguntaba en la última reunión de ámbito si Perón habría sido siempre un contrarrevolucionario. Si recién ahora se veía obligado a develar su más auténtica concepción política, desafiado por la estrategia imperialista y las posiciones de la Organización. Extraña figura la del Líder del pueblo argentino. Difícil para nosotros, como lo dice el mismo Pepe en el documento. Es casi seguro que en esa biografía del caudillo siempre tan cercana y lejana se resume todo. Hace treinta años que así parece. Pero en las reuniones ya es imposible debatir a fondo este teorema. Es decir, Perón. Se me ocurre que discutirlo hasta la utopía de desentrañar su enigma, sería similar a hacer estallar el ámbito que nos junta. Pero no será el caso en estos días. La investidura de cuadros políticos militantes te priva de pensar en direcciones contrarias a las establecidas por la comandancia. Sin embargo creer que en el líder anida la traición del proyecto es una enigmática manera de discutir ese mismo proyecto que pensamos popular y revolucionario. Sin duda estamos obturados reflexivamente. Así lo siento. Angustiados existencialmente. Tensados por horarios y citas. Desasosegados a veces porque cada día viene cargado con un aire de agobio mayor. Rara también esta noche donde empiezo a escribir esto. No sé para quien. Escribir porque ya ni escribir escribo como antes. Presiento que en la escritura se esconde siempre un hilo que piensa por sí mismo. Por uno. Por mí, cuando hace un rato largo que actuamos mucho y pensamos poco. Me acuerdo hace tres años atrás las largas charlas de sobremesa. Abiertas, interminables, francas, con varios más. Daba la sensación de que llegábamos al hueso de las cosas. Peronizar el mundo como deduciría Novalis de ser de Almagro. Hacer de la política un encuentro abierto. Una



militancia con lo cálido de la vida. No con la forma seca de una naranja exprimida, como veíamos en esos tiempos a tantos asteroides y anacoretas del activismo marxista recitando contra el populismo. La reunión de ámbito del otro día por el contrario fue tensa. Dura. Cada vez menos dialogante y más urgida de decisiones cortantes. De tareas imperiosas. Cada vez más alejada de dirimir opiniones controversiales sobre lo político y nuestra existencia en una política. A esta altura se me confunden un poco los tantos. Pero ya es una costumbre que controlo. Hablo sobre el tenor de nuestro compromiso. Si con la historia de un pueblo. O con nuestros años de militancia pasados. O con un peronismo por demás infectado. O con un partido de cuadros ya casi clasista leninista. O con un viejo caudillo que nos suelta la mano. O con nuestra condición cada vez más rodeada de enemigos de la causa. Debe ser con todo esto junto la cosa. Con respecto a Perón la pregunta de R. fue como una respuesta suya anticipada. Te dije que a lo mejor escribía algo al respecto y te interesó la idea. Una escritura al ritmo caliente de la máquina. Como cuando te piden una nota de cierre y casi no volvés atrás porque no hay tiempo. No hay tiempo, eso es. No queda tiempo en este tiempo. Y esta noche pienso en la escasa posibilidad que tenemos de tener tiempo. Otros tiempos. De hablar a fondo de nuestras vidas (¿nuestras?) incrustadas en un proceso nacional profundamente insatisfactorio que llamamos liberación. O lucha popular. Peronismo. Socialismo. Lucha antiimperialista. Proyecto revolucionario. ¿Qué más? También en reuniones anteriores se esparció un silencio mayor que el número de frases invertidas. Como si el no poder hablar de temas se hubiese convertido en no querer hacerlo. Después de todo de arriba siempre bajan mensajes. Órdenes. Criterios. Decisiones que reflejan una inmensa impotencia en cuanto a entender la coyuntura en la cual se intenta hacer pie. ¿Perón contrarrevolucionario? No es la primera vez que lo escucho. Santucho solía decir eso allá por el 71. En todo caso nada tenemos que ver con Santucho. Somos miembros de una organización de cuadros y combatientes que pretende el socialismo en la Argentina. Que pensó que el pueblo definió desde hace muchos años cuál es la identidad política y cultural de sus luchas, de sus memorias. De sus cicatrices. De sus epopeyas. De su unidad frente a los enemigos históricos. De su capacidad y conciencia hoy para poner el pecho, resistir, reclamar su futuro. No sentirse víctima sino sujeto de lucha. Somos partes del pueblo peronista y su líder, decíamos hasta hace un rato. Partes, partículas adelantadas. Resulta difícil volver a una charla de compañeros fraternos frente a este mundo de responsables arriba de uno. Que piensan por todos sin dar muestras casi nunca de pensar con sabiduría. La vez pasada quise decir que esta es una etapa sobre todo del peronismo. De ese pueblo con su caudillo. Por más lacras, traidores, asesinos y mierdas que deambulen, ahora ya no en el llano sino en gobierno. Una larga etapa del peronismo, con nosotros como claro apoyo crítico al gobierno. Eso dije y algunos dijimos. Estaríamos en un tiempo con algo mucho más vasto y peronista que nosotros con nuestras fiebres milicianas.

Es decir, tendríamos que entender esto. Lo más difícil de entender y aceptar, cuando tu vida es pura militancia. Entender que esta es una etapa peronista y no esencialmente monotonera. Lo que no significa desguarnecer posiciones sino fortificarlas con otros sentidos. Lo que no significa disolver estructuras sino desplegarlas con otra política revolucionaria. Lo que no significa entregar espacios de poder acumulados sino hacer otra política en el marco de una política nacional. Pensar de otra manera poder y espacio. Lo que no significa dejar de pensar como vanguardia revolucionaria, sino comenzar a pensar como vanguardia revolucionaria. Pensar una historia concreta. Complicada. Endureciéndose. Lo que significa pensar la perspectiva de nuestra identidad. Qué lugar en el concierto. Lo que significa algo que se está haciendo cada vez más arduo entre nosotros. Regresar a una herencia política popular. Guardar por un lapso importante el fusil. Oír a los frentes y sus argumentos. Dejar de creer que con ejercicios de tiro y con arme y desarme heredaremos al Movimiento. Escuchar al que hace política. No al que piensa en pólvora. Responder con gente en las calles. No con operaciones comando. Volver a ser los muchachos peronistas. Y menos soldaditos a la intemperie. En fin, regresar a las fuentes del movimiento. A pesar de todos los hijos de puta que adentro y afuera del "justicialismo" apuestan a nuestra aniquilación. Precisamente hacer política en todas las dimensiones que se tienen desplegadas. En las bases, sin sacralizarlas. En las esferas de gobierno sin caer en seducción taticista. Con las otras fuerzas revolucionarias. Buscando que se entienda lo que nosotros proponemos. Y no que nosotros incorporemos a nuestras alforjas sus historias ideológicas del disparate organizado. Sin duda entramos desde el 69 en un proceso revolucionario nacional al calor de una larga lucha de masas antidictatorial. Pero eso no debe leerse como guerra de liberación hoy, ahora. Sino como un continuar acumulando fuerzas. Ideas. Legitimidad. Lucidez sobre la situación. Conciencia del pueblo peronista. Capacidad para actuar ahora bajo un magro modelo demoliberal que permite mucho mayor legalidad para ampliar el apoyo de las mayorías hacia una idea socialista. Este socialismo no es para nada la actual etapa sino un punto futuro de llegada. Punto a alcanzar con la mayor astucia y experiencia posible en una situación de poderes adversos. Nadie cree en las bondades de una democracia burguesa en la Argentina. En una democracia que nunca fue una atildada crónica francesa sino un circo de militares y oligarcas dueños de la casa rosada cuando se les cantaba las pelotas. Y que puede volver a pasar. Pero lo discutimos a menudo. Ser vanguardia representaría la más capacitada comprensión del tiempo actual democrático. Configuraría el espíritu hegeliano en una suerte de sintonía política leyendo el derrotero nacional, la época. Leyéndola en circunstancias peligrosas. Donde la violencia puede jugarlos finalmente la peor de las pasadas. Nos equivocamos entonces con la lectura que ve el presente prioritariamente como una lucha creciente a sostener contra un ejército de ocupación a la africana. Que ordena todos los tantos en esa perspectiva a mediano plazo. Esto quiere decir que nuestro propio

modelo organizativo ahora nos impondría una lógica de hierro. Por lo tanto nos juega en contra. Necesidad en cambio de rearmar una vanguardia revolucionaria lúcida para escapar de esa lógica infantil. Para pensar políticamente en otra dimensión confrontadora. Para un tiempo que no debe ser el de nuestro protagonismo a ultranza. Y mucho menos el de nosotros como conducción del movimiento justicialista. ¿Quién nos votó para eso? ¿Qué mayoría auténtica está dispuesta a nuestro diagrama político-militar para la liberación social ya? ¿Qué estamos leyendo del pueblo? ¿Estamos viendo lo que pasa? ¿O solo lo que nos pasa? ¿No seguiremos siendo sobre todo pequeños burgueses enamorados de nuestra virtud por encima de cualquier otra realidad? ¿No dará demasiado placer leer a Lenin? El esfuerzo debe ser rescatar los signos revolucionarios de un período. Por encima de las propias incapacidades y contradicciones del movimiento nacional. Que no son nuevas ni son las últimas. Regresar a la fecundidad de una política popular contra las fuerzas interesadas en desarticularla. Es decir, no ser parte de la mismísima desarticulación. No situarnos en el sitio de una fantaseada conducción del conjunto. Porque ese es el espacio que la reacción interna y el imperialismo nos llama a ocupar para transformar la apertura de un amplio tiempo revolucionario nacional en la aventura de uno de los tantos guerrillerismos de América Latina. ¿Dónde situar nuestra diferencia política contra un dogmatismo de la lucha armada ya casi extinguida en el continente? ¿Cómo seguir siendo una vanguardia política con apoyo de sectores de masas? Crece la necesidad de diferenciarnos de los "lealtosos" que no pueden romper con un esquema de liderazgo de la época de exilio lejano. De resistencia ya pasada, antidictatorial. Que se inmovilizan refugiándose en una política ya sin vanguardia. Ya sin pensar propio. Y también aparece la necesidad de romper al mismo tiempo con un vanguardismo extremista. Militarista. Despolitizador. Desperonizador. Cada vez más marxistoide elemental descubriendo la lucha de clases como alumnos retardados en exámenes de marzo. Es imprescindible que hacia adentro surja otra conducción revolucionaria. Otra historia dentro de la misma historia. Pasar a cuidar la historia. Toda la historia. Lo nuestro es más adelante. Lo que vendrá. Posiblemente los años 80. Es imprescindible y decisivo cambiar los rumbos. Repensar nuestro lugar. Enriquecer el debate político. Cuidar los frentes. Oír al pueblo. Intervenir en lo posible en el gobierno. Resituarnos nuestra relación con respecto al teorema líder-masas. ¿Es posible montonariamente esto? Sigo creyendo que sí. Pero bastante menos que hace seis meses. Sigo creyendo en la fortaleza de un largo proceso revolucionario. El proyecto popular. Donde la Argentina gana, o se pierden para siempre las grandes razones nacionales de ser. Pero son muchas preguntas debajo de los nubarrones. Preguntas que se precisan hacer en términos críticos. De disconformidad. De ansiedad propositiva, para que el proyecto popular sobreviva tal cual se lo pensaba en 1971 en tantos grupos de juventud. Pero volvamos a otra pregunta. A la pregunta del compañero R. en el ámbito, en medio de estos días confusos, opacos. Tétricos a veces. Desconcertantes.

A esa pregunta donde Perón surgiría como traidor de su propia obra. Fue una pregunta en una charla breve antes del orden del día. Y por lo tanto no se prolongó más de dos minutos. Últimamente lo más importante para debatir no se discute. Queda siempre fuera del orden del día. De días donde resuenan palabras. Palabras. Palabras: Ideologistas. Tacticistas. Negociadores. Basistas. Patria peronista. Patria socialista. Burócratas proimperialistas. Mongo Aurelio. Retardatarios. Campo de la contrarrevolución. Engorde organizativo. Teoría del cerco. Presencia de la orga. Sangre negociada. Murió por peronista. Pueblo de la resistencia. Oportunistas. Zurdos. Infiltrados. Triple A. Nos decimos: nada de esto importa frente a las tareas diarias. Somos, nos decimos, cuadros políticos. Hijos de anteriores militancias. Hombres de la revolución. ¿Qué tal? Y sí, es cierto. Anónimos de una causa. Piezas de una estrategia, camuflados como jóvenes peronistas soñadores. Delincuentes subversivos. Almas de acero ¿no es cierto? Discutir sobre el viejo general es reescribir infinitamente una trama que esta vez nos jaquea y nos ahoga. ¿Cómo no añorar ciertas cosas pasadas? Esas formas que fueron de la alegría, el desparpajo. La promesa. Ciertos fondos de fiesta peronista junto con el compromiso. Esa erótica desafortunada de todos juntos en un país político imaginario y peronista de marzo del 73. Tan ancho como el propio país. Este de ahora, en cambio, es otro tiempo político. Que tal vez empezó para siempre el 20 de junio a la tarde y a la noche. Con un discurso de Perón que abrió otra experiencia política nuestra. Y prosiguió en innumerables ocasiones en estos meses en las cuales el Líder marcó distancias. Diferencias precisas y tajantes con respecto a la otrora juventud maravillosa.

Interrumpí. Para una taza de café y otro paquete de puchos. Es la una de la mañana. Siento que esto no irá a ninguna parte. “Secundario”, como decía el compañero D. Así es: secundario. En realidad volvemos siempre al documento de diciembre que bajó la conducción. Que tantas veces amenazamos conversar a fondo. Por qué no, criticar a fondo. Pero el documento solo bajó. Notificó. Dejó asentado. No había nada que discutir. Cada vez más somos un cuerpo disciplinado por una imaginación castrense que nos guía. La conducción confiesa que en realidad al general no se lo conocía durante el exilio. Porque no lo veíamos actuar y decidir diariamente. Su pensamiento más profundo escapaba a nuestra interpretación. Escapó. Ahora se descifra esta ignorancia de parte nuestra. ¿Es esto cierto? ¿Quiénes están hablando en nombre de un todo supuestamente engañado o presa de pensamiento mágico? ¿De qué se disfraza este relato? Algo que era el núcleo vertebral de todo, el conductor, pasa ahora a condición de sujeto desconocido. A partir de este dato se deduce que el socialismo de Perón no es un verdadero socialismo. Que su jefatura busca eliminar la lucha de clases. Se descubre que su ideal es apenas un nacionalismo de corte antiimperialista. Agudamente contradictorio con nuestro programa socialista. Que el jefe porta un objetivo histórico distinto y finalmente funesto para todos. Lo que provoca que el Líder nos vea como infiltrados ideológicos aunque en realidad seamos hijos legítimos y conse-

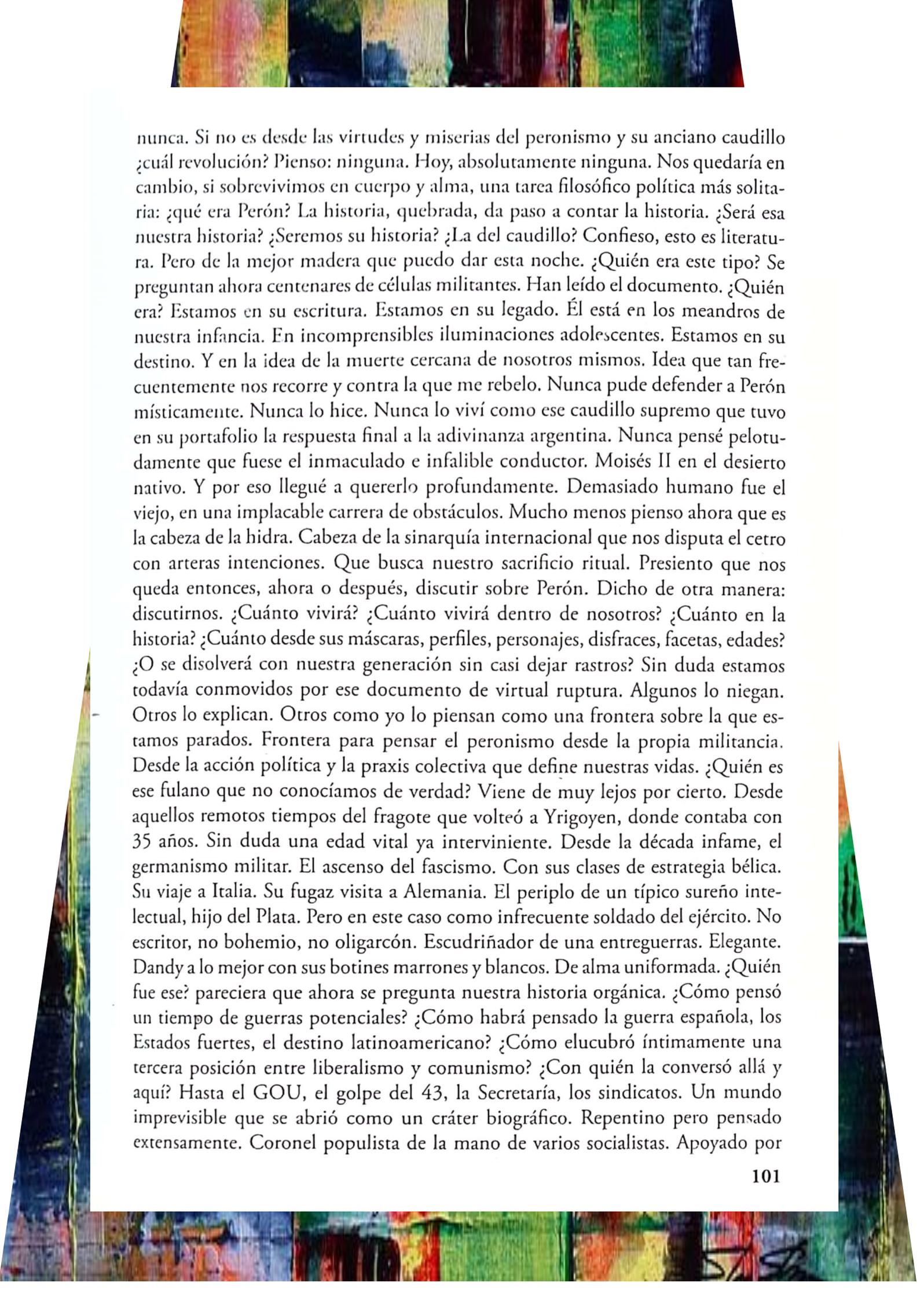
cuencia directa de la política de Perón conductor. Eso dice el documento. ¿Sáncrito? A todo esto un caudillo que pretende conducir unipersonalmente, se contradice con un proyecto de vanguardia. El de la organización revolucionaria. Proyecto que necesita pasar a ser la verdadera conductora estratégica de las fuerzas peronistas. Este enfrentamiento provoca que Perón nos esté entregando al sistema represor atados de pies y manos. En circunstancias en que tanto los sectores políticos gorilas liberales, la burocracia sindical y la burguesía nacional pretenden aniquilarnos. Que desaparezcamos como proyecto. Tal estado de cosas no obliga, sin embargo, según el documento, a revisar nuestra actuación. En una coyuntura donde todos quieren aniquilarnos. Sino a acumular poder militar de manera acelerada. Para construir el meollo de nuestra política de aquí en más dentro de una democracia que tiene a Perón como presidente. Construir el ejército del pueblo. Palabras más, palabras menos. Esto lo hemos comentado sin hincarle el diente a fondo. Este es el corazón del escrito que bajó. Curiosamente el documento de diciembre fue tomado y entendido en cada una de disparejas maneras superpuestas. En principio como un destino al parecer indiscutible. También un alivio, porque pone fin a una política de la simulación que se había vuelto insostenible. Falsa. Angustiante. Ahora ya somos del todo exclusivamente montoneros. A la par resultó un asombro difícil de pronunciar. O el epílogo de una crisis cada vez más profunda. Para otros, un equívoco a desenredar. Para la gran mayoría de compañeros con los cuales “horizontalmente” hablé, algo lógico a aceptar dentro de la mecánica de la obediencia. Para algunos sin embargo, un disparate. Pero más allá de esta variación, lo cierto es que nadie dijo de manera terminante lo que había acontecido. El fin de una historia política. La nuestra. Pero el fin de una historia entendida en su significado de derrota política inapelable. Y esto es lo que debe hacerse conciencia mínima. Lo que defecionó, leyendo realmente el documento, es el sentido político de nuestra inscripción en el movimiento nacional. El porqué de montoneros. Y de toda la interpretación que se hizo en estos años sobre nuestra concepción revolucionaria. En el marco de una conducción estratégica. Por lo tanto se trata de entender lo que sucedió. Más allá en un principio de concordar o no concordar con la caracterización sobre el caudillo. El tema es que murió la nervadura política de la revolución pensada. Si uno estuviese en el campo literario, y no político como estamos, se preguntaría, ¿dónde quedó el relato de nuestra liberación social? ¿En armar un ejército paralelo e indispuerto a la presidencia del caudillo regresado a su patria? ¿Armarlo antes de que este aproveche el sistema democrático liberal para exterminarnos? Fracaso entonces de una comprensión de la historia, que disuelve a esta última en tanto futuro. Relato que de pronto se desperoniza sin darse cuenta. Y que le dice a una generación militante: a desperonizarse. Esto es lo que hay que entender que sucedió. Y luego, la figura de Perón que cabe discutir. Como si en el final de un drama, se regresase a su más inmaculado y primer principio. ¿Quién es Perón? Se pregunta nada menos que la conduc-

ción. ¿Quién es ese? Ese, el que está arriba de todos desde hace treinta años. Ese desconocido, argumenta. Ese que no conocíamos. Territorio entonces de la oscuridad política. A la que se busca antipolíticamente iluminar con un acopio de armas y combatientes clandestinos urbanos. A lo mejor todo lo que quisiera escribir es esta conclusión que reflexiono y siento. Asistimos desde hace cuatro meses a nuestra derrota política. Al fin de lo venidero que supuestamente portábamos. ¿Y cómo se elabora colectivamente esto? ¿Cómo se piensa? Vos estás todo el día en una revista amenazada. Yo en el ministerio tratando de dirigir a cuarenta personas. De proseguir con los sueños de cultura. Escribiendo cinco capítulos sobre la vida de Cooke para un radioteatro educativo popular que posiblemente jamás salga al aire. Y después todo lo otro. Donde quedamos pegados diariamente a la vida y a la muerte en lo ideológico y en lo físico más elemental. ¿Cómo pensar lo que vamos haciendo? Ese documento es Perón. Nada más. Los demás tópicos sobran. Pero no se trata de discutirlo desde un nuevo gorilismo naciente en la M. Sí de pensar en Perón. Ese desconocido. ¿Desconocido? No me importa el repertorio crítico existente. Considero que el límite de Perón, si de esto trata el documento, es el nuestro. Nunca entender ese límite como nuestra inmediata aparición estelar suplantándolo. Sino el fin de una portentosa idea revolucionaria entre movimiento popular, caudillo histórico y vanguardia. Presiento cada vez más, por el contrario, que los argumentos políticos se van transformando en frases hechas. Respuestas esquemáticas. Órdenes disfrazadas de ideas. Un mundo empobrecido del cuadro político militante. No sabría decirte que es lo que concluyó y cómo reaparece la historia que nos contiene. Ganas entonces de recostarme en los penumbrosos universos de la literatura. Que en definitiva deben ser los que nunca dejan de guiarnos. ¿Quién es Perón? Se interroga la conducción revolucionaria más importante del país. Una pequeña preguntita. Y sí, evidentemente pertenecer al peronismo revolucionario era participar de una larga narración política de traiciones y deslealtades que la compañera Evita mira desde el cielo. Eso no habla mal del movimiento peronista. Lo inscribe en el drama cierto de la historia. Siempre lo supimos. La administración de una política popular es ardua e impura se podría decir cínicamente. Ahora asistimos al paroxismo de tal narración: acusar al Jefe con ese rótulo de traicionar el objetivo último del pueblo en lucha. De birlarnos el socialismo. Reconvertir al conductor en ese oscuro traïdor a la magna empresa de su propia vida. Me viene a la cabeza por supuesto el tema borgiano del traidor y el héroe. Fergus Kilpatrick es el héroe y lo negro. El líder y el punto más bajo. El idolatrado y el traïdor. En algún rincón del almacén de la política argentina Borges nos está más o menos contando. Toda la trama de la historia habría sido, ahora lo sabemos, esconder una villanía. Esa condición oculta del caudillo, en pleno desenlace proletario. Pero además, esa finalmente fue toda la historia nuestra: develar a Perón. Contestarse quién es ese hombre. Y nosotros, como un James

Nolan colectivo y entrenado en desazones nos adueñamos de esa secuencia. Como antes nos adueñamos de su contraria. Nuestra fue la autoría cumbre de un Perón revolucionario que ni los propios peronistas en 15 años de resistencia habían vislumbrado tan acabadamente. Hasta que menos mal que llegamos. Y ahora también nuestra es la historia de su traición. A la inversa del relato de Borges. Pero bajo su mismo diagrama. Se trata de salvar al pueblo evitando que el desengaño mute a las masas. Del estratega al incordio insalvable. Del héroe al traidor. Es esta la última figura que nos fortifica dolorosamente. Ahora decimos, Perón tuvo siempre otro proyecto que la lejanía del exilio disimuló. Todo traidor obliga inevitablemente a otra traición, la de la víctima. Obliga a reinterpretar todo. A abjurar de ortodoxias. A un nuevo traje de traicionados. A ser distintos a lo que queremos ser. A retocar malamente los textos sagrados. A olvidar lo que se dijo. En definitiva, a retirarse de una versión histórica. A desprenderse de esa silueta desmesurada del caudillo populista. A escribir otras cosas sobre las cosas. A convertirnos políticamente vaya a saber en quienes. Por cierto uno de los mayores logros de nuestra generación fue pasar a dominar lo superestructural de una crónica nacional siempre en poder del liberalismo. Se peronizaron las ingratas capas medias. Hoy se milita y se convive de a millares en barrios, villas y suburbios trabajadores. Zonas de orilleros y pobrerío diría Pepe Rosa. Los jóvenes sectores medios se desclasaron ideológica y existencialmente del cúmulo de mierda gorila con que los habían alimentado. Ahí, en las estribaciones del mundo blanco, se habló entonces de Perón. Se lo escuchó en casetes. Se lo vio en películas. Se lo mentó. Se lo idolatró. Y nosotros confeccionamos la exégesis superior del Caudillo. La redacción política sublime e insuperable sobre lo que era él y la patria. Salmo que el intelectual, el profesor, el periodista, el artista, el sociólogo, el médico, el psicoanalista pasó a sentir como suyo. La liberación del pueblo. Pero no se lo hizo en nombre propio, sino desde las palabras carismáticas del conductor. Fuimos mediadores. Trasmisores. Traductores. Así se dice, al menos así se dijo hasta ahora. Los parlamentos eran del Estratega y actualizador doctrinario. Él contaba la historia. Él explicaba de qué se trataba. En cambio con respecto a Perón, se piensa ahora su traición. Hete aquí. No ya traición contra él desde tantos "burócratas y vendepatrias". Sino la traición del propio Jefe a su jefatura estratégica. Cosa que no deja de ser otra historia contada. Por cierto interesante. Lo que me lleva más que a Silvio Aster traicionando a El Rengo en Roberto Arlt, a un insólito Hamlet dado vuelta como un guante. Como si en la historia de Shakespeare, desde lo que sucedió en la explanada y que involucra a los amigos del príncipe, la palabra y la figura de Hamlet se nos revelase en un momento falsa. Es decir, una empresa que no apunta donde dice Hamlet. Un objetivo que no busca lo que él insinúa. Ni se encamina a una venganza asumida. Imagino un Hamlet traidor a su propia causa. Asesino de su padre. Que trama, con un actor de la *troupe* de teatro, el personaje de la sombra del padre.

Que inventa un guión teatral. Una puesta ficcional para despistar. Nosotros seríamos esa compañía actoral en el castillo. La compañía M. obediente a las secuencias y parlamento de una política falaz de Hamlet. En realidad una actuación escénica para ocultar otra historia, la verdadera. Hamlet no es el proyecto de Hamlet. Porque Hamlet sería Traidor, desde el propio relato que aviesamente lo consagró como Reparador. Hamlet, una suerte de Macbeth pero infinitamente solapado. Con otra hechura perfecta de los acontecimientos desde el poder hacia el poder. La traición del que conduce los hilos es de una magnitud que quiebra la intriga en sí. Que impide la prosecución de algo designado. Que desintegra una historia. Que pulveriza la voz del adepto. Que casi borra su imagen del espejo. Que embota el pensar. Hasta el punto que ese pensamiento ni sabe que está embotado. Y sigue hablando de algo que ya no es, pero tampoco es otra cosa. Vuelvo a Perón. ¿Qué se quiere decir con otro proyecto de Perón? Una disparidad basada en un líder al que en realidad se desconoce. Justo cuando casualmente se lo comienza a desconocer como tal. Tal vez yo tendría que escribir mi segunda novela, además de proseguir mis afanosas tareas revolucionarias. Para llegar al menos a ser el primer ministro de cultura de una patria liberada. Lo que me preocupa es la política que hoy llevamos a cabo. Política que además de vaticinarnos una probable carnicería, impide tomar conciencia del quiebre que se ha producido en nuestra propia crónica. Lo preocupante es que se viva este puente que atravesamos como un dato importante pero subsanable. Con un poco de buena voluntad, puntería y propuesta superadora. Que no se conciba que de ser así el asunto, el terrible equívoco de la abdicación del caudillo justo ahora, pasamos a ser una más de las tantas izquierdas leninistas. Esas que abundaron y abundarán en la Argentina como historias parecidas a la nada. Una secta grande de mártires con destino de pasillo universitario. Se que muchas de estas aseveraciones no las compartís. Por irreverentes y ácidas para un espíritu creyente como el tuyo. Todavía le otorgás a la orga una cuota muy alta de confianza. Imaginás a la conducción con sus catalejos oteando un horizonte que solo ella providencialmente ve. Probablemente me haga falta esa fe tuya en los cursos históricos. Esa entrega a órdenes superiores. Esa disciplina ideológica. Esa humildad de soldado. Aun cuando en tu caso buscás siempre oír también la voz crítica. La ironía. El inconformismo. Una manera de entrenarte contra la incredulidad. Práctica fundamental del cuadro. La tentación profana y la inmunidad que otorga la Orden. Creo que comenzamos a entrar en otra crónica. Donde la posibilidad de ser real vanguardia dentro de una compleja ecuación nacional y latinoamericana, se transforma día a día en un vanguardismo en manos puramente de combatientes armados. De escasa experiencia política relevante. Lo menos propicio para un cambio de rumbos. Y no es cuestión de acusar o absolver al viejo general. Que por fuentes médicas muy cercanas a su salud sé que está verdaderamente enfermo. Sucede que el corte con la estrategia histórica de un proyecto propio, abre un interrogante político que no creo que vuelva a cerrarse





nunca. Si no es desde las virtudes y miserias del peronismo y su anciano caudillo ¿cuál revolución? Pienso: ninguna. Hoy, absolutamente ninguna. Nos quedaría en cambio, si sobrevivimos en cuerpo y alma, una tarea filosófico política más solitaria: ¿qué era Perón? La historia, quebrada, da paso a contar la historia. ¿Será esa nuestra historia? ¿Seremos su historia? ¿La del caudillo? Confieso, esto es literatura. Pero de la mejor madera que puedo dar esta noche. ¿Quién era este tipo? Se preguntan ahora centenares de células militantes. Han leído el documento. ¿Quién era? Estamos en su escritura. Estamos en su legado. Él está en los meandros de nuestra infancia. En incomprensibles iluminaciones adolescentes. Estamos en su destino. Y en la idea de la muerte cercana de nosotros mismos. Idea que tan frecuentemente nos recorre y contra la que me rebelo. Nunca pude defender a Perón místicamente. Nunca lo hice. Nunca lo viví como ese caudillo supremo que tuvo en su portafolio la respuesta final a la adivinanza argentina. Nunca pensé pelotudamente que fuese el immaculado e infalible conductor. Moisés II en el desierto nativo. Y por eso llegué a quererlo profundamente. Demasiado humano fue el viejo, en una implacable carrera de obstáculos. Mucho menos pienso ahora que es la cabeza de la hidra. Cabeza de la sinarquía internacional que nos disputa el cetro con arteras intenciones. Que busca nuestro sacrificio ritual. Presiento que nos queda entonces, ahora o después, discutir sobre Perón. Dicho de otra manera: discutirnos. ¿Cuánto vivirá? ¿Cuánto vivirá dentro de nosotros? ¿Cuánto en la historia? ¿Cuánto desde sus máscaras, perfiles, personajes, disfraces, facetas, edades? ¿O se disolverá con nuestra generación sin casi dejar rastros? Sin duda estamos todavía conmovidos por ese documento de virtual ruptura. Algunos lo niegan. Otros lo explican. Otros como yo lo piensan como una frontera sobre la que estamos parados. Frontera para pensar el peronismo desde la propia militancia. Desde la acción política y la praxis colectiva que define nuestras vidas. ¿Quién es ese fulano que no conocíamos de verdad? Viene de muy lejos por cierto. Desde aquellos remotos tiempos del fragote que volteó a Yrigoyen, donde contaba con 35 años. Sin duda una edad vital ya interviniente. Desde la década infame, el germanismo militar. El ascenso del fascismo. Con sus clases de estrategia bélica. Su viaje a Italia. Su fugaz visita a Alemania. El periplo de un típico sureño intelectual, hijo del Plata. Pero en este caso como infrecuente soldado del ejército. No escritor, no bohemio, no oligarcón. Escudriñador de una entreguerras. Elegante. Dandy a lo mejor con sus botines marrones y blancos. De alma uniformada. ¿Quién fue ese? pareciera que ahora se pregunta nuestra historia orgánica. ¿Cómo pensó un tiempo de guerras potenciales? ¿Cómo habrá pensado la guerra española, los Estados fuertes, el destino latinoamericano? ¿Cómo elucubró íntimamente una tercera posición entre liberalismo y comunismo? ¿Con quién la conversó allá y aquí? Hasta el GOU, el golpe del 43, la Secretaría, los sindicatos. Un mundo imprevisible que se abrió como un cráter biográfico. Repentino pero pensado extensamente. Coronel populista de la mano de varios socialistas. Apoyado por

un conservadurismo federalista de vieja data. Impresionado por el *Duce*. Indispuesto con el dominio británico. Germanista en admiración militar. Aceptado por la Iglesia a pesar de Evita. Justiciero. De fuerte lectura social. Pragmático. Demagógico. Milico. ¿Cómo pasar desde sus clases sobre batallas míticas a las relaciones con gremialistas de la carne? Su gobierno conjeturó un país como situado en el corazón de Europa. Más que desde la Latinoamérica de Ugarte. Muchos Perón ser abrieron desde esos días de octubre, de victoria y poder. Inimaginables para nosotros. Donde tampoco él nos imaginaba. Un hombre frente a frenéticas muchedumbres, acostumbrándose a un irritante balcón para la ciudad blanca. Entonces su caída y humillación. Su renuncia a sacar el pueblo a las calles. Su animalidad herbívora. Un caudillo blindado y huérfano luego. Desterrado en los peores lugares dictatoriales que lo albergaron. Exiliado, viudo, sin hijos, sin hermanos. Con una máquina de escribir. Ahí ya comienza a tomar contacto con lo que seríamos. Furia, rencor, extremismo. Seguridad de una lealtad popular. Tercermundianización de sus argumentos. Nace en su cabeza otra revolución justicialista. Revolucionarismo que Cooke leyó de su puño y letra. En cartas inesperadas por su voltaje. ¿Cómo le había quedado su patria en la cabeza, en el corazón? Aceptar a todos. Negociar con todos. Albergar a todos. Conservar eso sí su ojo de vigía sobre la lontananza. Lo mejor es enemigo de lo bueno. Las mil y una noches políticas, hasta las formaciones especiales. En fin, en ese cuerpo estamos. En ese cuerpo nos inscribimos. Nos legitimamos. Nos hicimos queribles. Nos bañamos con una historia vieja. En sus astucias nos adormecimos. En sus guiñadas supusimos el secreto. En sus sopapos dijimos aprender política. En sus ingratitudes confirmamos su trascendencia. En sus palabras reposamos tranquilos muchas veces. En sus agachadas permanecemos en silencio y zozobra. En sus ideas entresacó Cooke el movimiento maldito, tanto como su jefe. Nada fue nunca muy claro. Nada fue nunca transparente. Nada fue nunca lo suficientemente preciso. Nada fue nunca definitivo. Nada fue nunca drástico. Nada fue nunca elegido del todo. Dijimos nosotros lúcidamente viendo esos claroscuros: el peronismo es la forma acabada y real del pueblo político. Es la única historia de lucha concreta. Y Perón el elegido. El Mesías. El intérprete. El amado. El confiable para las masas. El que guía. ¿Qué queda luego de la ruptura con ese sujeto, al que finalmente “no conocíamos”? Supongamos que esto último fuera cierto y pensáramos a vuelo de pájaro desde esta incertidumbre. [...]

[Marzo-abril 1974]

blog.memoriamilitante.org

editorialtacuarita.com